



La guaca

Edith Liliana Santacruz

Docente Tecnología Regencia de Farmacia

La guaca fue encontrada, mas nadie nunca la pudo sacar. Según misteriosas leyendas costeras, todavía reposa un gran tesoro en una vieja casona resguardada por una espantosa culebra de oro, con colmillos afilados y lengua sedienta de almas ambiciosas, allá al final del río, allá al final de todo cuento y relato. Claro está que no fue el caso de Venancio Cuesta, quien durante toda su vida persiguió aquel motín, enterrado bajo largos tablones de cedro, en la casa de la familia Obregón.

Todo empezó hace más de cuarenta y cinco años, cuando Venancio contaba con apenas nueve años de edad, era el último de siete hermanos y esa noche de aquel octubre, la luna resplandecía como linterna recargable; el agua de panela en su estómago había hecho el trabajo de hacerlo levantar cada media hora a la letrina.

Fue ese día de luna llena, cuando Venancio observó una vela encendida en la casa de los Obregón, aun en cucullas apegó su rostro en las guadas de su incómodo baño, para cerciorarse que no se trataba de esas luciérnagas enamoradas que destellan su luz para aparearse toda la noche y luego en la madrugada dejarse morir.

Venancio no perdía de vista la luz de la vela, que ahora se movía de un cuarto a otro. Decidido a descubrir lo que sucedía en la casa Obregón, salió de su casa sin despertar a sus hermanos, bajó las escaleras y se aproximó a su potrillo, una pequeña canoa. Remó minuto a minuto, con su mirada fija en aquella luz que ahora ya no era amarilla sino de color azul fulgurante; a tientas llegó a tierra y se acercó más y más a la casa, todo estaba quieto y un helado frío le caló los huesos. Sin hacer ruido, apoyó sus manos en un viejo pasamanos finamente labrado, se acercó con sutileza de gato cazador, aunque las viejas tablas chirriaban anunciando la llegada de un no invitado a la casa. Se acostó para poder mirar debajo de la puerta, momento en el cual un extraño aullido salió de los rincones de la casa, sus pupilas se ensancharon como la misma luna, y su lengua se secó de golpe, esa extraña luz no era más qué....

A la mañana siguiente sus hermanos lo encontraron acostado boca arriba en pantaloneta, con las manos llenas de barro y su lengua salida, su madre corrió llorando a socorrerlo, pues pensó que se había ahogado, ahogo que le costaría a Venancio toda una vida de intranquilidad, pensando cada noche en lo que vio en la casa de los Obregón.

Los tiempos fueron cambiando y los duendes y espantos fueron espantados por la luz eléctrica y la tecnología; las guacas eran cuentos de abuelos y sólo aterraban los vivos. De Venancio se recordaba poco, desde que se había ido a aventurar a tierras lejanas. A sus cuarenta y tantos volvió a las selvas del pacífico, ya viejo y flaco, con marcadas arrugas en sus ojos, huellas inconfundibles de todo ser humano que ha llorado y reído bajo la danza de la vida, como aquella luciérnaga enamorada.

Todo había cambiado desde su partida, excepto el río, los árboles y su casa de niñez carcomida por las polillas. Llegó en la tarde y nadie se percató de su presencia en el poblado; se quedó varias horas observando la casa dónde había crecido. De repente su mirada se posó en la casa de los Obregón, espantosa casa que el tiempo no habitó; allí estaba incólume, intocable, resguardada con aquella leyenda afrodescendiente de una guaca enterrada, custodiada por las almas en pena de la familia Obregón.

- Si he de morir, que sea allí, tarde o temprano los fantasmas se irán o me convertiré en otro igual.

Decidió por segunda vez aventurarse, y subió en un potrillo, al tocar tierra saltó de golpe, subió las escaleras y de una patada derrumbó la puerta y empezó a gritar:

- aquí estoy ¡volví, volví, volví y no me iré!

Llegó la noche y llovía a cantaros. Venancio se tranquilizó, se recostó en el piso de la casa empolvado, y allí escuchó la lluvia caer; fue en ese instante cuando pensó que no estaba bien habitar en una casa ajena, y que la culebra brillante con ojos de diamante que miró bajo la puerta, fue producto de su cándida y febril imaginación de niño.

Se incorporó y decidió salir, sin antes elevar una oración por la familia Obregón. La puerta y las ventanas estaban cerradas, por más que intentó, no logró abrirlas, buscó en sus bolsillos el viejo encendedor y un clic repetido le indicaba que no había gas para alumbrarle. Clic, clic, chasqueaban sus dedos, mientras que un zumbido de cascabel, se oía en toda la casa.

Él, arrodillado suplicaba piedad. Entonces, en medio de la oscuridad observó una enorme culebra que se acercaba. Sin pensarlo, agarró la culebra por la cabeza y la pisó entre sus botas. Al instante las ventanas y la puerta se abrieron, escampó la lluvia, todo volvió a la normalidad, excepto la culebra, que al intentar arrojarla al río pesaba más de lo normal, pues sus colmillos y su piel eran de oro puro, sus ojos de diamante y sus cascabeles, anillos de plata.